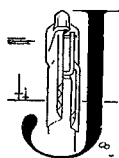


La cristiandad japonesa bajo el shogunato de los Tokugawa (1600-1636)

por

Mario Hernández y Sánchez - Barba



JAPÓN, 1625. Cuando realizaba investigaciones en los Archivos de la Universidad Literaria de Valencia, con referencia a las misiones dominicas en China en el siglo XVIII, he aquí que surge ante mis ojos una carta cuya data es de Japón y del año 1625. Me trae inmediatamente a la memoria esta fecha las persecuciones iniciadas pocos años antes por los emperadores japoneses contra los misioneros allí existentes, e, interesado, me pongo a la lectura de la carta. Es por demás interesante. Se trata de la copia de una carta del mártir fray Domingo Castellet, O. P., de fecha 16 de diciembre de 1625, que escribió desde el Japón a su convento de Barcelona solicitando nuevos misioneros que fueran a aquellas apartadas regiones a predicar la fe de Nuestro Señor Jesucristo. Verdaderamente sublime en su contenido, me mueve a escribir este corto artículo que dé cuenta no solamente de este nuevo dato histórico, sino también de cómo se desarrollaron en el Japón estas persecuciones, que tuvieron como consecuencia la proscripción del cristianismo en aquellas islas y, al mismo tiempo, la clausura japonesa hasta bien entrado el siglo XIX.

Precisa se hace una introducción que nos diga cuál era la situación de la Iglesia católica en el Japón al comienzo de esta persecución y la situación de la misma en la historia interna japonesa. Veamos estos dos aspectos, para luego entrar en el detalle de la persecución.

Sin temor a equivocación, se puede afirmar que, después de la amplia labor misionera desarrollada en el Japón desde San Francisco Javier (1), apenas quedaba provincia del Imperio en donde no se hubiese asentado la fe cató-

(1) Vide GUZMÁN: *Historia de las Misiones de la Compañía*, Bilbao, 1892, y DELPLACE: *Le Catholicisme au Japon*, 2 vols., Bruselas, 1909-10.

lica (2); el número de católicos existentes en esta amplia cristiandad es difícil de puntualizarlo. Don Rodrigo de Vivero (3), en 1619, los hace llegar a 1.600.000, aunque unos años antes el franciscano Fr. Ricardo de Santana había dado una cifra muy inferior a ésta (4). Reuniendo estos datos a los que nos proporcionan las órdenes religiosas como bautizados, podemos dar, de acuerdo con el P. Bayle (5), como más probable, la cifra de un millón de fieles en el año 1614, al cuidado de 130 jesuítas y 30 misioneros de otras órdenes (6).

Esta era la brillantísima situación de la Iglesia católica en 1614; pero, ¿y la monarquía japonesa? ¿Cuál era su situación interior? En el año 1598 moría Taikosama y le sucedía el consejero *Yeyatzu*, como tutor del hijo de Taikosama, Hideyori, al que pronto suplantó totalmente, tomando el título de *Daifusama*. Cuando éste, sintiéndose morir en el 1614, busca el asegurar a su propio hijo *Hidetada* el trono, eliminando al legítimo sucesor Hideyori, se enzarza el país en una guerra civil, en la que los cristianos se pusieron de parte del legítimo sucesor. Consecuencia de ello fué que el triunfo de *Hidetada* provocó la proscripción y pena de muerte para todos los misioneros y sus ocultadores (7). A pesar de todo ello, consiguieron evadir la vigilancia de las leyes veintinueve padres jesuítas, cuatro dominicos y algunos franciscanos. Los mártires se multiplicaron y la sangre corrió a raudales. Más adelante estudiaremos en detalle el proceso exterminador de la cristiandad japonesa.

El 14 de febrero de 1613 ordena Daifusama que en siete días no quede un solo misionero fuera de Nagasaki, para ser embarcados hacia sus tierras; la orden se verificó entre el duelo general de aquellos cristianos, que los misioneros habían convertido en sus propios hijos; por si fuera poco, se ordenó la destrucción de todas las iglesias, levantadas con tantas lágrimas

(2) De sesenta y seis reinos que tenía Japón, los religiosos de las cuatro órdenes se habían establecido en cuarenta y cuatro.

(3) De cuyos papeles ha realizado recientemente edición en *Documentos inéditos para la historia de España*, tomo V, Madrid, 1947, el Dr. BALLESTEROS-GAIBROIS.

(4) 600.000, cifra que aceptó la Propaganda Fide en 1626.

(5) P. CONSTANTINO BAYLE, S. I.: *Un siglo de cristiandad en el Japón*, col. Pro Ecclesia et Patria, Barcelona, 1935, pág. 119.

(6) BROU: *Les statistiques*, R. Q. H., 1929, págs. 361-84. Hay que señalar el error en que cae el P. LUIS URBANO, O. P., en su opúsculo *Las misiones de los dominicos*, ed. por «Rosas y Espinas», Valencia, sin fecha, en cuya página 12 dice que de esta persecución, iniciada en 1612, S. S. Pío IX beatificó el 6 de julio de 1867 a 206 mártires, de los que 110 eran dominicos. Esta cifra es muy exagerada, a no ser que contara en ella a los pertenecientes a las Ordenes Terceras.

(7) El shogun *Yemitsu*, de la familia shogunal *Tokugawa*, también se inclinó a la parte de los bonzos, persiguiendo a los cristianos.

y sudores por los padres misioneros (8). Una nueva página de heroísmo se abre en la historia de las misiones católicas, porque los misioneros, conscientes de su verdadero papel de mártires, se presentaban ellos mismos, sin necesidad de que les prendieran, a los lugares que inmediatamente serían testigos de su heroísmo. El destierro de los misioneros hubo de ser diferido esperando pasase la época de los malos vientos, que harían peligrosa la navegación — ¡ironía ésta de cuidar a los sacerdotes aquellos mismos que luego no tendrían el menor reparo en echarlos al más atroz martirio!— y este lapso de tiempo fué ampliamente aprovechado por los misioneros para continuar recogiendo almas para Cristo, naciendo de su encendido fervor el ansia de martirio. Los pelotones de tropas eran enviados por los pueblos y en las plazas públicas constituían su tribunal, en el que eran juzgados severísimamente todos los cristianos, que eran insultados, apaleados, pisoteados e incluso algunos de ellos decapitados. El fervor es magnífico: se abren listas voluntarias de cristianos para ser martirizados, en Osaka se sentencia a cincuenta cristianos a muerte, en Arima crecen en gran porcentaje las cofradías cristianas sin temor de ninguna clase a los martirios en perspectiva y a los sufrimientos que con el puro acto de hacerse congregante se les ocasionaba. ¡Noble alma en verdad la de estos japoneses que tan pronto supieron apreciar las excelencias del martirio por Nuestro Señor! (9) Cada vez aumentan más las ejecuciones, llegándose en 1624 al crecido número de 176.

De por esta fecha es el documento que tenemos ante nuestros ojos, referente a la misión dominica misionera en aquellas regiones. Veamos desde cuándo la orden de Santo Domingo estaba misionando en el Japón. Dejando aparte, por falta de demostración documental, la por otra parte autorizada opinión de monseñor Letundu (10), de que fué un dominico español el primero que predicó la fe de Cristo en el Japón, siendo martirizado en 1530, pasemos a considerar la fecha de llegada de los misioneros dominicos a las islas del Sol Naciente. Antes del año 1600 le habían sido cursadas invitaciones al provincial de la orden de Santo Domingo en Filipinas (11), para que enviase al Japón misioneros dominicos. Por razones que no son del caso analizar, no fué aceptado este ofrecimiento hasta el año 1602, fecha en que comenzaron a

(8) *Relação de successo que nosa sainta fé teve na cristiandade do Jappao nos annos de 612 e 613 em parte de 614, imperando Xoguísama, antigamente chamado Daifu. Mandada pella católica... no anno de 1661.* EN PASTELLS: *Historia de Filipinas*, t. VI, página CCXXXIX.

(9) Si se desea tener una descripción más exacta de lo que indicamos, consúltese la magnífica obra del P. BAYLE, S. I., ya citada.

(10) *Anales de la Propagación de la Fe*, t. XXI, pág. 255.

(11) Provincia del Rosario.

afuir al Japón algunos, que al principio establecieron su misión por la isla de Koshiki, pero que, al ser expulsados de Satzuma, en el año 1609, se dirigieron a Nagasaki, y sobre todo se extendieron por la región de Figen (12). En todas sus actividades misionales, la orden de Santo Domingo demuestra su extraordinaria preparación, consiguiendo una cristiandad en donde el dogma católico es purísimo, y fundan asociaciones de la importancia de la *Obra de la Santa Infancia*, que viene a ser una escuela o taller donde se formarían cristianos desde su más ínfima edad catequística. Los mártires dominicos en este período ofrecen su vida en aras de la religión, sin titubeos de ninguna naturaleza; por ejemplo, en 1624, Fray Pedro Vázquez, O. P., hijo de Atocha, es quemado vivo, siendo su muerte verdaderamente ejemplar; otros sufren la misma suerte, pero los padres dominicos —al igual que los de las restantes órdenes— no abandonan su sacrosanto ministerio, y a pesar de que el 16 de diciembre de 1625 salió del Japón un barco que iba a Manila, ni uno sólo abandonó el territorio japonés, prefiriendo padecer horrenda muerte antes que abandonar a su rebaño (13).

Precisamente de esta fecha —16 de diciembre de 1625— es la copia de la carta que el padre misionero en el Japón Fray Domingo Castellet, O. P., escribió al padre prior del convento de Santa Catharina de Barcelona, refiriéndole —como veremos luego— algunos sucesos de esta terrible persecución y pidiendo, ¡todavía!, más misioneros. Se conserva esta copia en la Sala de Manuscritos de la Biblioteca de la Universidad de Valencia, signatura 11, folio 53 y siguientes. Por ella podemos enterarnos de cómo la situación en este año de 1625 era sumamente penosa y estrecha para los misioneros, que estaban ampliamente perseguidos por el tirano Yemitzu, que había sucedido a Hidetada. Si consultamos la excelente obra de Profillet (14), podremos apreciar hasta qué punto es terrible realidad lo que escribe el padre Castellet, porque desde el año 1622 se había recrudecido de una manera notable la persecución: los atietas de Cristo caían a docenas; en agosto fueron decapitados trece en la colina de Nagasaki y quemados tres; el 10 de septiembre fueron quemados veinticinco y decapitados treinta; el 4 de diciembre de 1623 fueron quemados en Yedo cincuenta mártires; el 29 de diciembre fueron quemados seis y decapitados dieciocho... ¿Para qué seguir? La sangre de todos estos mártires es por sí bastante elocuente para que sea necesario que nosotros recordemos estos desagradables detalles de una perse-

(12) DELPLACE: Op. cit., t. II, pág. 61.

(13) Este barco creían los misioneros que saldría en marzo de 1626; el hecho de adelantar la salida se debió seguramente a facilitar ésta a los misioneros ante el oscurecimiento del panorama político japonés.

(14) *Le martyrologe de L'Eglise du Japon* (1549-1649), 3 vols. París, 1895-97.

cución encarnizada que va *in crescendo* y que llegará a su máximo apogeo precisamente en el año que nos ocupa, es decir, en 1625.

En este año solamente quedaban vivos en el Japón cuatro dominicos y todavía continuaban misionando y atendiendo a sus hijos espirituales; por cierto, es curioso notar que estos cuatro padres de la orden de Predicadores, únicos representantes en 1625 de dicha orden en el Japón, eran del convento de Barcelona; eran éstos: Fray Domingo de Erquisia, Fray Lucas del Espíritu Santo, Fray Luis Exarch y Fray Domingo Castellet (15). Estos cuatro héroes, porque realmente es ésta la denominación que mejor les cuadra, son los que se mantienen firmes, por lo que el padre Castellet solicita en su carta al prior de su convento de Barcelona le envíe más sacerdotes, porque «Ay grandisimma falta de ministros, y assi aguardamos que los religiosos de añ se acuerden desto acudiendo a lo que deven; pues la orden la fundó nuestro Padre para la conversión de las Almas»; e inmediatamente añade el padre Castellet: «Pero para eso no son menester spiritus ordinarios, sino Religiosos muy siervos de Dios, desapegados de las cosas del mundo, mansos, humildes, fervorosos, modestos y de buen exemplo, que más prediquen con obras, que con palabras, que acá con ellas se enseña, y no con sermones, que esos acá en el tiempo de agora no se pueden hazer.» En estas palabras están compendiadas cuáles deben ser las notas de un buen misionero, sobre todo si en el lugar de la misión se tiene que estar soportando persecuciones sin cuento, desgracias y terribles desilusiones. Ya lo dice también el padre Castellet en su carta: «Ha menester que haygan muy grande zelo de la honrra de Dios, y del bien de las Almas, y tanta pacienc'a como un Job para sufrir con ella millares de injurias y persecuciones, y trabaxos, que acá siempre somos novicios; y si los que nos mortifican fueran Religiosos menos mal, pero son seglares.» No haría falta ningún comentario, pero sí es preciso decir que estas normas de vida misional que dicta el padre dominico en esta carta es todo un canon, al cual deberían ajustarse todos los que salieran con ánimos misioneros; él explica todo tal cual es para que nadie se llame a engaño, y por ello advierte repetidamente en su carta al padre prior, que los que vayan a ir marchen dispuestos a ser quemados vivos; no se cansará de repetirlo en toda su larga epístola, aunque él certifica, *in verbo sacerdotis*, que si bien el fuego del martirio le hacía temblar antes de verlo, en cuanto lo veía le parecía que ya no quemaba, «son los auxilios que el Señor da acá a sus ministros, las amarguras son dulzuras, los trabajos descansos y el morir vivir y el fuego un jardín ameno de flores». Todo lo dan por bueno estos hombres extraordinarios con tal de que se salven almas para el reino de Cristo.

(15) Op. y loc. cit., fol. 54.

De este modo va viviendo la misión japonesa, siempre a ocultas, perseguidos como alimañas, sin tener medios siquiera con que salir del Japón, porque en 1636 se dió una ley, propia de un Dracón, prohibiendo la salida de barcos del reino, e incluso fueron quemadas todas las naves de algún calado, dejando solamente algunas chalupas que no podían aventurarse —so pena de naufragar en aquellos terribles y peligrosos mares— a navegaciones de alto bordo. A los cristianos ya no se les perseguía: solamente se les quería obligar a apostatar, y para ello eran sometidos a tormentos inimaginables que las *Cartas Anuas* nos describen en todos sus detalles, tales como el sumergirlos en estanques de agua helada o en las aguas sulfurosas de Unzen, el hincharlos de agua y luego someterlos a fuertes presiones para que la echaran por sus conductos al exterior, etc. (16). Muchos no pudieron soportar estos terribles martirios y apostataron (17):

La masa del pueblo cristiano ofreció un ejemplo magnífico de fidelidad y constancia digno del mayor elogio (18); el exterminio del cristianismo fué grande, pero este exterminio no llegó a ser total, porque cuando en 1865, al cabo de dos siglos de clausura, el Japón se abrió de nuevo, ¡cuál no sería el asombro de los nuevos misioneros al encontrarse en Nagasaki los restos y reliquias de aquellos cristianos que tuvieron que soportar una de las persecuciones más crueles y encarnizadas que recuerda la historia de las misiones! Grasset, en bellas frases (19), explica este maravilloso fenómeno: «...el grano ha de morir para fructificar: la fe del Japón se asemeja a los árboles frutales, que parecen muertos en invierno para florecer al primer rayo de la primavera. Considero al Japón actual, durante esta persecución, como sementera cubierta de nieves y hielos. El grano de la palabra de Dios parece muerto, helado por los fríos del invierno en los corazones: el frío de la persecución resfrió la caridad: mas cuando la persecución cese, y un aire tibio recree esos corazones, se verá la religión florecer de nuevo.»

(16) Vide DELPLACE: Op. cit., t. II, págs. 197-209.

(17) Un caso en extremo lamentable, del que abusaron los jansenistas en Europa, fué la apostasía del provincial Cristóbal Ferreira, S. I., quien después de soportar durante cinco horas el terrible martirio de la fosa, apostató el año 1633. La Compañía de Jesús sintió en el alma esto, e inmediatamente multitud de sacerdotes de la Compañía se ofrecieron para la Misión del Japón, seguramente con el objeto de ver si podían reducir al apóstata. Parece que las oraciones tuvieron efecto, porque Ferreira, ya proveyo y después de haber ejercido el oficio de escribiente en las causas públicas contra multitud de cristianos, se arrepintió y después de soportar pacientemente durante tres días el mismo martirio de la fosa, expió su pecado por el martirio.

(18) Hasta 1660 conocemos los nombres de 3.120 mártires. Por testimonio de Arai, juez de estas causas, sabemos fueron reducidos a la última miseria, o expulsados del país, de doscientos a trescientos mil cristianos, hasta el final del reinado de Yemitsu.

(19) *L'Histoire de l'Eglise du Japon*, t. II, pág. 676. París, 1715.